

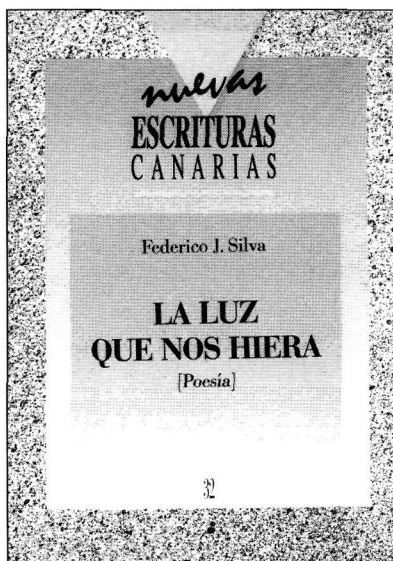
LA LUZ QUE NOS HIERA

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

Federico J. Silva es un nombre de la nueva poesía de Canarias. Nueva porque es la más reciente, pero también -y es esto lo que más importa- porque irrumpe con voz e intención que la diferencian de la inmediatamente anterior.

Federico J. Silva publicó en 1995 su primer libro: *Sea de quien la mar no teme airada*. En 1994 ganó un accésit del Premio de Poesía «Tomás Morales» con otro: *Aun amar adverso*. Y ahora nos ofrece el titulado *La luz que nos hiera*, publicado este año por la Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias en la colección «Nuevas Escrituras Canarias», que ojalá tenga larga vida porque a través de ella está abriéndose paso una intelectualidad joven, llamada a revitalizar y renovar -a perturbar- la vida espiritual del archipiélago.

Estamos en presencia de un poeta rompedor, transgresor, desafiante, cuya inconformidad hace impacto, en primerísimo lugar, sobre el lenguaje. La poesía se hace con palabras (¿fue Mallarmé quien subrayó esta obviedad?), porque está en las palabras: las cosas están en el mundo para todos, pero son las palabras las que las desvelan e iluminan, las que las vuelven “poéticas”, es decir, provocadoras. Es evidente que Silva lo sabe, por eso ha empezado su tarea de poeta demoliendo el lenguaje heredado de otros y reconstruyéndolo a la medida de sus propósitos. Y en esta empresa ha empleado, con manifiesto conocimiento de causa y efecto porque es un poeta culto que no lo oculta, materiales extraídos de las al parecer inagotables canteras vanguardistas -del



surrealismo, del creacionismo, del estridentismo-, y ha hecho un uso delicioso de la parodia -ver sus «Apócrifos de dos poemas de Ernesto Cardenal»-, del encabalgamiento, de la distorsión sintáctica, de las ingeniosidades maliciosas que permite la intertextualidad y de la recreación léxica mediante la diseción de los términos.

Silva se presenta como un hábil e inteligente artesano. Pero, afortunadamente, ahí no para la cosa. Su desparpajado y a veces insolente experimentalismo va más allá de lo virtuoso y vistoso. El ingenio no basta para lograr un poema; el ingenio, sin más, puede frustrar un poema, convertirlo en una humorada, rebajarlo a chiste. El ingenio, en los poemas de Silva, es sustancia de la retórica que sirve de soporte al mensaje a contracorriente, retador, desmitificador, de este poeta, en el que un humor pertinaz muestra los filos de la ironía y hasta del sarcasmo, porque es humor que parte de una pos-

tura crítica frente a la realidad que nos circunda.

Lo más importante de la obra de Silva hasta hoy es la imagen que ella da de él: la de un poeta que ha huído de lo trillado y ha escogido un camino de aristadas posibilidades. (Recuerdo que Lezama decía que sólo lo difícil es estimulante.) Hay coraje intelectual en la decisión de Silva, y ya sabemos que un poeta sin coraje intelectual mejor se calla. *La luz que nos hiera* nos pone en presencia de un poeta con imaginación, inconformidades, osadía y cultura; en fin, de alguien que ya ha empezado a darnos una sorpresa.

Que Silva sabe lo que busca lo demuestra un poema de este libro de que hablamos, unos pocos versos que son toda una poética: «Carta a un joven poeta» (que es él mismo):

*yo celebro las veces poeta
que seas proscrito
por profanar los votos del recinto
sagrado por asaltar verso en mano
los templos ecuménicos
yo no comparto
necesariamente -se advierte-
los versos por ti escritos
pero celebro tus heridas
que son las heridas mías
nada humano te es ajeno
nada ajeno te parece ajeno
clavado a esta roca
asaetear intentas al filantrópico
heracles que no te arrebaten
tu derecho al dolor
el sabor de la sangre propia
las derrotas que se transforman en victorias
la eterna fidelidad de los enemigos
de todo ello necesitas*